



Por una educación geográfica en tiempos de pandemia

Ramón MARTÍNEZ MEDINA

Universidad de Córdoba

rmartinez@uco.es

Ninguno de nosotros, ni posiblemente nadie a nivel mundial, estaba preparado para lo que ocurrió estos pasados meses en los que en una adelantada primavera se vaciaron calles, plazas y parques de todos los pueblos y ciudades de España. Todos tenemos en nuestra memoria aquel fatídico 14 de marzo de 2020 en el que los balcones y ventanas se convirtieron en la única salida a una realidad que cambiaba para, tal vez, no volver a ser igual al que conocimos.

Semanas antes ya empezaban a llegar noticias sobre una extraña enfermedad, similar a una gripe, que había aparecido en un mercado en la populosa ciudad china de Wuhan. No era la primera vez que aparecía una enfermedad de este tipo en el sureste asiático (Gripe A, SRAS, o la Gripe Aviar), pero si sería esta, la COVID-19, la que se convertiría en la primera gran pandemia a nivel mundial del siglo XXI, favorecida por el proceso globalizador en el que se encuentra inmerso el mundo, especialmente los países desarrollados.

La globalización, que empezó de forma tímida a mediados del siglo XX y fue cogiendo velocidad tras la finalización de la Guerra Fría, se ha caracterizado por una integración a escala mundial de las economías locales, que ha favorecido la aparición de grandes multinacionales

y la libre circulación de capitales. Este proceso ha permitido la interconexión entre países productores de todo tipo de materias primas y bienes y los países consumidores, generalmente ubicados en el mundo desarrollado. Su éxito se basa en el menor coste productivo de los bienes. Esta enorme competencia llevó a la deslocalización y traslado de las fábricas a la región que se ha convertido en el epicentro de la actual pandemia. Este proceso en ningún caso se hubiese podido alcanzar sin el avance y mejora de la conectividad, tanto en el ámbito de los transportes, especialmente en el aéreo y marítimo, como en el ámbito de las telecomunicaciones, con el desarrollo de las tecnologías de la información, especialmente internet. El proceso ha dado lugar a la denominada sociedad global, donde las diferencias individuales y los rasgos culturales nacionales, regionales o locales tienden a la homogenización y estandarización en un mismo patrón. Bajo este paraguas de la globalización, una nueva enfermedad surgida en una ciudad de China, desconocida para muchos de nosotros, se convirtió en una pandemia mundial que pasado más de un año parece no llegar a su fin.

Tras el confinamiento inicial, la pandemia ha hecho que cambien muchos de nuestros hábitos cotidianos, como llevar mascarilla, in-

cluso guantes, o el uso de gel hidroalcohólico en el ámbito de la higiene. Pero sin duda, ha dado lugar la generalización, a marchas forzadas, del teletrabajo, cuestión a la que la mayoría de empresas y sectores no estaban preparados, ni sus trabajadores, ni se contaba con herramientas adecuadas para ello. Otro aspecto llamativo ha sido la huida de las grandes ciudades, donde existe una alta presión demográfica. Son muchos los que han vuelto, de forma temporal o permanente, a sus localidades de origen en el medio rural, a la ahora llamada España vaciada. Veremos si de cara al futuro esta tendencia se consolida o es solo un cambio temporal que termine cuando se controle la enfermedad. En el ámbito urbano, los meses de confinamiento parecen haber hecho cambiar las prioridades en cuanto a la vivienda. Por un lado, son muchas las reformas que se han realizado desde el verano. Tal vez, tanto tiempo en casa ha permitido ver las carencias que presentan los inmuebles y que en el día a día no se ven. Pero sobre todo, ahora se buscan viviendas con terraza o con jardín y rodeadas de espacios verdes. Una vuelta a la naturaleza más que necesaria después de más de noventa días de confinamiento domiciliario.

Pero si la pandemia ha servido para algo ha sido para “dar un respiro” a la Tierra. Se ha constatado que en Europa durante unos meses disminuyó la contaminación en el aire y la acústica o el ruido sísmico debido a los confinamientos totales de la población y a la reducción de todo tipo de actividades que tuvieron muchos países. Pero a pesar de ese paréntesis, son muchos los frentes que hay abiertos en el planeta. Hemos de ser conscientes que la humanidad fue transformando y modelando la superficie terrestre de forma paulatina a lo largo de los siglos, dando lugar a la aparición

de una enorme variedad de paisajes, que son señas de la identidad y cultura de muchas sociedades, y que es preciso proteger y valorar como establece el Convenio Europeo del Paisaje. Con la llegada de la revolución industrial, y especialmente desde mediados del siglo XX, las modificaciones del medio comenzaron a acelerarse, siendo el impacto de la actividad humana creciente, debido a un modelo de desarrollo que no había tenido en cuenta la naturaleza. Pronto aparecieron numerosos problemas ambientales que desembocaron en una crisis ambiental importante que ha llegado de nuestros días. Deforestación, contaminación del aire, de los suelos y de las aguas, sobreexplotación de recursos, pérdida de la biodiversidad, deterioro de la capa de ozono, el cambio climático o la superpoblación, son los problemas más acuciantes a los que debe hacer frente la humanidad, para garantizar la supervivencia de nuestra especie en condiciones favorables sobre la superficie terrestre.

A esto, es preciso añadir las importantes consecuencias de las catástrofes naturales, algunas de ellas cada vez más recurrentes debido a los efectos de algunos problemas ambientales. Pero sobre todo a la ocupación descontrolada de ciertas partes de la superficie terrestre por la presión demográfica y al desconocimiento y la falta de planificación del territorio.

Para mitigar estos y otros problemas y concienciar a la población de los efectos nocivos de la acción humana sobre el espacio, han aparecido diversas iniciativas a nivel mundial, destacando las impulsadas desde la Organización de Naciones Unidas (ONU). Así surgieron los Objetivos del Milenio para los países en vías de desarrollo, transformados ahora en los Objetivos del Desarrollo Sostenible (ODS). Diecisiete objetivos de diversa índole y alcance

que pretenden conseguir el desarrollo sostenible y duradero para todos los países del planeta y sus ciudadanos. Concretados en 169 metas a alcanzar, abordan temas como reducción de la pobreza, alcanzar el hambre cero, mejorando la nutrición e implementando la agricultura sostenible. El objetivo sobre salud y bienestar se centra en la reducción de la mortalidad infantil y la erradicación de algunas enfermedades. Otros de ellos abordan la educación de calidad y el aprendizaje a lo largo de la vida, así como la igualdad de género, o el trabajo digno. También existe una importante preocupación por el acceso y consumo de agua, y su depuración, las energías renovables, la acción por el clima, la conservación de las especies o la vida submarina. Se pretende también mejorar las infraestructuras y potenciar la industria sostenible. Conseguir ciudades y comunidades rurales más amables con el medioambiente, en las que se reduzcan las grandes desigualdades, para conseguir la paz y la justicia, todo ello con la cooperación de todos los estados y entidades implicadas.

El análisis general de todos los objetivos pone de manifiesto que son pocas las ciencias capaces de abordarlos y relacionarlos todos de forma global. Sólo existe una disciplina, desde nuestro punto de vista, a medio camino entre las ciencias naturales y humanas, capaz de imbricar todos y cada uno de los diferentes aspectos que abordan los OSD, la Geografía. Esta disciplina, presente de forma más o menos visible en los currículos oficiales de Educación Infantil, Primaria, Secundaria y Bachillerato, permite describir, analizar, relacionar todos los elementos que tienen lugar sobre la superficie terrestre. Una ciencia que debe darse a conocer como algo mucho más allá de la idea, muy ex-

tendida, de que solo sirve para localizar países, capitales y accidentes geográficos en un mapa. La Geografía es mucho más que eso, es la única ciencia que explica las relaciones entre las sociedades humanas y el medio natural. Analiza como el ser humano ha ido transformando y adaptando el medio a sus intereses, generando una gran diversidad de paisajes a lo largo del globo, con un respeto y adaptación a las condiciones del medio acorde con sus capacidades técnicas y sociales, hasta la revolución industrial que va a dotarlo de un poder de actuación hasta entonces desconocido, y en muchos casos olvidando las consecuencias y efectos devastadores de esa intervención. La Geografía escolar nos habla de la formación del relieve y del clima, un conocimiento del medio físico punto de partida para los asentamientos humanos y los aprovechamientos de ese medio. Aborda las actividades económicas, agricultura, industria, servicios e infraestructuras, y los recursos necesarios para que todas esas actividades se puedan desarrollar. Así como analiza las propias sociedades, estudiando sus estructuras demográficas, sus sistemas políticos, o los asentamientos, ya sean urbanos o rurales. Todo ello utilizando uno de los recursos más poderosos para transmitir información, la cartografía.

En definitiva, la Geografía como ciencia de síntesis territorial, permite el conocimiento del medio y su intervención en él, mitigando las consecuencias negativas de las acciones humanas para alcanzar el ansiado desarrollo sostenible. Y nada de eso será posible, si desde el punto de vista educativo, no le damos el lugar que se merece, tanto en el currículo, como en la formación de los futuros docentes de todas las etapas de educación obligatoria.